

CENTENARIO CON BALLET AL FONDO (1)

(NIETZSCHE, VERLAINE, RIMSKY KORSAKOF. 1844-1944)

I. "De la musique avant toute chose"

EN una bella primavera, hace sesenta y cuatro años, a orillas de un gran lago, bajo un cielo puro, sin nubes y sin polvo: No se trata de un paisaje meridional, sino que es escenario en una pradera rusa.

Fué una tarde bella. Cuando murió aquella noche —nos cuenta Rimsky en sus memorias— escribió, sin levantar la vista, el primer borrador de «Sniegurotchka». El juego de los bemoles me solivianta; Nietzsche, Verlaine, Rimsky Korsakof, si algo pudiera abrazar estos nombres sólo puede serlo el encanto de la música.

Nietzsche, el amigo de Wágner, el padre del Zarathustra, tiene espíritu de músico. Por ahí sólo se conoce el Nietzsche adusto, con su gigante bigote y su gesto apocalíptico: «¡Hermanos míos, yo os conjuro, que permanezcáis fieles a la tierra!». Pero también hay un Nietzsche que sonreía ante la primavera. En su último año de bachillerato conoció a una amable muchacha; era el primer amor: diez y ocho años. Durante unos días sólo vive para ella, sólo piensa qué libros ha de prestarle, qué música ha de tocar para ella. Nietzsche se sienta al piano, toca Beethoven o Schumann, a veces improvisa. En un libro de Nietzsche hay más motivos musicales que en una ópera de Wágner.

Verlaine; Verlaine hizo música midiendo sus golpes de letras: «*Les sanglots longs — des violons...*». Y a golpe suave de lluvia deja la poesía en su esqueleto de notas: «*De la musique avant toute chose*». Después de Verlaine, para hacer poesía hay que ser alquimista o cirujano; las heridas de sus notas las asepsia después Mallarmé, y Valery las esteriliza al cubo.

Rimsky..., y finalmente Rimsky. Pues bien, Rimsky el músico fué marino.

II. Federico Nietzsche vive una ópera

Federico Nietzsche era nieto e hijo de teólogos y pastores protestantes. Nació el día en que un Rey, Federico Guillermo, celebraba su santo. Escribe desde niño, toca el piano, compone versos, es romántico. En la escuela, un día el maestro explica cómo Muscio Scevola quema su mano en ofrenda a la patria; sus compañeros, con la pesada ironía positivista, se ríen escépticos de aquel gesto, que estiman falso. Federico Nietzsche se levanta de su asiento, se dirige hacia la estufa y pone sobre su palma delicada unas brasas ardientes, con una sonrisa en los labios y una mirada de orgullo en los ojos.

Nadie como Federico Nietzsche encierra en tan pocos años tanta sabiduría, pero «*Sorrow ist knowledge... the tree of knowledge ist not of life*». Lentamente, deshilvanados, a trozos, Federico Nietzsche va dejándose su religión íntima, subjetiva, de protestante. «*Tres cosas me sirven de consuelo —dice— ¡raros consuelos! Mi Schopenhauer, la música de Schumann y, finalmente, mis paseos solitarios*».

Aprende Goethe, Hölderlin, Byron; Bach, Beethoven, Schumann; tras ellos la Ilíada, los maestros griegos, el saber indio. Después, todos lo sabemos, la gran amis-

(1) Este artículo no fué pensado jamás para ser impreso. No posee rigor científico ni filosófico alguno, ni pretende poseerlo. Su autor lo leyó en una fiesta íntima en la sala Washington Irving de la Casa de los Tiros de Granada. Al transcribirlo aquí sin ningún retoque, hemos querido conservar su único valor: un poco de intimidad acaso aquí ya perdida fuera de aquel ambiente romántico e isabelino.

tad : Nietzsche y Wágner. Nietzsche es ya profesor y sólo tiene veinticinco años ; ama lo clásico y no lee nunca los periódicos. A pesar de ello, no se evitó el ir también a una guerra. «*Recuerdo una noche —dice— en que solo, tendido en un vagón de mercancías, con los heridos a mí confiados, no cesaba de explorar en pensamiento los tres abismos de la tragedia que se llaman Wahn (ilusión), Wille (voluntad) y Wehe (dolor)*».

Entonces, lentamente, el espíritu dionisiaco vence al apolíneo ; es cuando en la historia que esquematiza Nietzsche el centro del mundo pasa de Grecia a la Roma imperial ; y es entonces también cuando él empuña el látigo contra la moral burguesa : *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik*. Nietzsche siente la necesidad de lucha : «*Ich brauche den Krieg*» ; y entonces emprende la cruzada contra todos los filisteos ; los felices burgueses con su moral de lacayos.

Más tarde, él mismo nos lo cuenta : «*Treinta años. La vida empieza a hacerse difícil*». Lee el Quijote, «*libro amargo entre todos*». Mientras tanto, Wágner ha conocido la gloria, demasiada gloria ; la que en parte le brindan los propios filisteos que antes le silbaban, y al fin, también Wágner es hombre y condesciende con los hombres. Nietzsche rompe con él, y sube, sube, hasta decirnos : «*Comienzos de agosto de 1881, en Sils-Maria, a 6.500 pies sobre el nivel del mar y a muchos más sobre el nivel de todas las cosas humanas*».

Es entonces cuando «*Zarathustra, nacido a las orillas del lago Urmi, abandona su patria a los treinta años, se dirige hacia la provincia Aria y en diez años de soledad compone el Zend Avesta*».

Y Nietzsche-Zarathustra clama a los hombres :

«*Hermanos míos, permaneced fieles a la tierra, con toda la fuerza de vuestro amor!*

Que vuestro pródigo amor y vuestro conocimiento concuerden con el sentido de la tierra.

Yo os lo suplico, y os conjuro a ello.

¡No dejéis a vuestra virtud volar lejos de las cosas terrenas y alinear contra los muros eternos!

¡Ay, hubo siempre tanta virtud extraviada!

¡Como yo, traed de nuevo hacia la tierra a la virtud extraviada; si, hacia la



carne y hacia la vida, a fin de que dé su sentido a la tierra, un sentido humano!».

Pero hasta el fuego de Zarathustra se va apagando: «Soy luz, ¡ah si fuera noche!». «En verdad, amigos míos, camino entre los hombres como entre fragmentos y miembros de hombres». Después, Nietzsche rompe con todo, con sus héroes dionisiacos, con todo; y llega otra primavera: 1888. Su última lectura son las Leyes de Manú. Más tarde pierde el sueño, escribe «el caso Wágner». «Anochecer de mi vida», dice, y el año 1899 le encuentra ya casi loco. Después, su poderosa voluntad vuela.

Un día, Nietzsche, ya loco, encontró una muchachita junto a su camino; apartó con cuidado sus rubios cabellos de la frente y mirándola con una sonrisa, dijo: «¿No se diría la imagen misma de la inocencia?».

Nietzsche murió el 25 de Agosto de 1900, silenciosamente, como una orquesta de violines.

III. Paul Verlaine instrumenta una sinfonía

De los poetas sólo se puede hablar en poesía. Vosotros sabéis bien la historia y la leyenda de Verlaine: El Barrio Latino, las más o menos exageradas borracheras, la amistad con Arturo Rimbaud, el desenlace trágico de ésta. Pero yo no sé hablar de Verlaine; sólo una vez pude evocar, para mí sólo, algo de Verlaine. Fué una tarde en un bar; llovía. Un verso de Klingsord que me aportó la memoria involuntaria, me sirvió de introducción: «*Paysage ouaté, que tu étais joli sous la pluie!*»; pero sin interlocutor posible, se perdieron para siempre mis mudas palabras.

De una sinfonía inacabada sólo podré destilar unos fragmentos. Así, el violín romántico, con sus suspiros, su viento y su pena:

*Les sanglots longs
des violons
de l'automne,*

*blessent mon coeur
d'une langueur
monotone.*

*Tout suffocant
et blême, quand
sonne l'heure,*

*je me souviens
des jours anciens
et je pleure.*

*Et je m'en vais
aut vent mauvais
qui m'emporte*

*déça, delà
pareille à la
feuille morte.*

Después, el intermedio cruel: la luna pálida y amarilla sobre un tugurio cualquiera del Barrio Latino:

*Tes cheveux bleus aux dessous roux,
tes yeux très durs qui sont trop doux,
ta beauté qui n'en est pas une,
tus seins qui busqua, que musca
un diable cruel, et jusqu'à
ta paleur volée à la lune,*

*nous ont mis dans tous nos états;
Notre Dame du galetas...*

Y la flauta,

*Parfois aussi le dar d'un insecte jaloux
inquiétait le col des belles sous les branches,
et c'était des éclairs soudains de nuques blanches,
et ce régal comblait nous jeunes yeux de fous.*

Y el arpa que juega a las campanas :

*On sonne la cloche:
dormez, les bons prisonniers,
on sonne la cloche:
faut que vous dormiez.*

Y el violoncelo que recuerda un «Nevermore» :

*—Ah! les premières fleurs, qu'elles sont parfumées!
Et qu'il bruit avec un murmure charmant
le premier oui qui sort des lèvres bien-aimées!*

Y el oboe que juega con los niños abandonados :

*La belle au Bois dormait. Cendrillon sommeillait.
Madame Barbe-bleu? elle attendait ses frères;
et le petit Poucet, loin de l'ogre si laid,
se reposait sur l'herbe enchantant des prières.*

o monta en los viejos caballos de madera :

*Tournez, tournez, bons chevaux de bois,
tournez cent tours, tournez mille tours,
tournez souvant et tournez toujours,
tournez, tournez au son des hautbois.*

Y el piano llueve sus notas lentamente :

*Il pleure dans mon coeur
comme il pleut sur la ville,
quelle est cette langueur
qui pénètre mon coeur?
ô bruit doux de la pluie!*

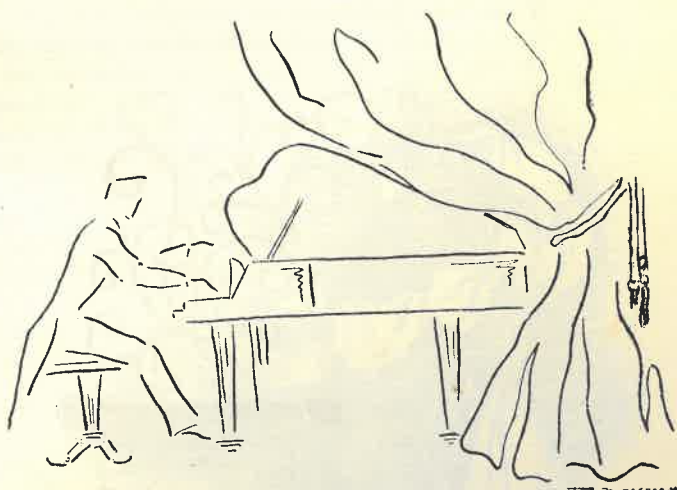
y se rompe la escala con una salida de estudio chopiniano :

*Le ciel est, par-dessus le toit,
si bleu, si calme!
Un arbre, par-dessus le toit,
berce sa palme.*

*La cloche dans le ciel qu'on voit,
douceMENT tinte.
Un oiseau sur l'arbre qu'on voit
chante sa plainte.*

*Mont Dieu, mon Dieu, la vie est là,
simple et tranquille,
cette paisible rumeur-là
vient de la ville.*

*— Qu'as tu fait, ô toi que voilà
pleurant sans cesse,
dis, qu'as-tu fait, toi que voilà,
de ta jeunesse?*



Y IV. Rimsky Korsakof prelude a un ballet

Rimsky es el abuelo más lejano del «ballet». Su música tiene ya ese gesto caprichoso y completo de los «ballet» modernos. A caballo sobre el lomo eterno del Mediterráneo, Rimsky une el zoco polícromo de Bagdad con cualquier mercadería de fragua gitana. No hay música más polícroma que la de Rimsky, ni quizás música más española entre la extranjera que la suya. El *Capricho español* podía llevar la firma de Manuel de Falla.

Todos conocéis la gracia desenvuelta y colorista de *Scherezada*; y la solemnidad de la *Gran Pascua Rusa*; y la sugestión incluso cenestésica del *Capricho español*; y el *Gallo de oro*, preciosista, y el melancólico *Canto indio*.

Mientras el *Zar Saltan* sueña en su leyenda y su hijo Guidón danza convertido en moscardón, *Sniegurotchka* —este nombre tan sonoro que recuerda partes de guerra—, *La princesa de la nieve*, la obra más acabada, más perfecta, más lírica de Rimsky, duerme a las orillas de su lago. Su sueño, ¡ay!, su sueño se me ha perdido entre las notas y me ha sonado a este cuento de Puschkin, que el gran romántico ruso puso de prólogo a «*Russiam y Ladmilla*», de Glimka, y que yo transcribo un poco libremente:

«Al borde del mar, sobre una rotonda de piedra, se revuelve el gato encantado; atado a una encina vieja y legendaria, arrastra su pesada cadena de oro; día y noche, el gato embrujado da vueltas sobre vueltas. Cuando gira a la derecha canta una romanza; cuando vuelve hacia la izquierda recita una historia.

Un sátiro barbudo que corre a dos patas, persigue un náyade que canta en la floresta; un fondo de animales mitológicos puebla las lejanías, y tiemblan las cabañas que se levantan sobre patas de aves, sin puertas ni ventanas; y una cortina de espectros terroríficos que salen del nocturno del bosque, escuchan la oculta chismografía del oleaje en su cuchicheo con la playa desierta.

Jinetes en bemoles, treinta caballeros surgen del mar; los conduce un guía extraño. El más joven de los caballeros, que apenas rompe el espejo de su coraza con el bozo naciente, vence a un gran monarca y le hace prisionero, borrándose después entre nubes.

La reina vierte sus lágrimas amargas en la prisión lejana, mientras el lobo fiel la mira frente a frente. El aire se puebla de brujas ennegrecidas que vuelan subidas sobre mangos de mortero hacia la tumba donde murió el rey Kastchei el avaro...». Y yo, con Puschkin, termino:

—«Todo el espíritu fantástico y caprichoso de Rusia yace en estos cuentos. Allá fui yo a escuchar las historias del gato embrujado, atado con cadena de oro a la verde vieja encina, a la verde verde orilla del mar. Me dijo muchas historias maravillosas. Me acuerdo de una de ellas. Os la quiero contar...». Pero no, se acabó la orquesta: Do sostenido mayor.

Miguel CRUZ HERNÁNDEZ.

